

En Maloggia conocimos a un bailarín de la Ópera de París, en otro tiempo famoso, que una noche entró en nuestro hotel en su silla de ruedas, conducido por un joven italiano que el bailarín había contratado por muchos años. Como supimos por el bailarín, se había derrumbado en medio de la première del Rafael de Händel, coreografiado por Béjart sólo para él y, desde entonces, había estado inválido. De repente, dijo el bailarín, perdió el conocimiento y no lo recuperó hasta dos días más tarde. Posiblemente, según el bailarín, que se envolvía en una piel de nutria muy cara, había que atribuir su desgracia a que, por primera vez en su carrera, pensó durante el baile en la complejidad de una combinación de pasos, cosa que había temido durante los quince años de su carrera, que le había llevado por todas las grandes óperas del mundo. Un bailarín, decía, mientras bailaba, no debía pensar jamás en su baile; sólo debía bailar y nada más.